

Amores desiguales

ARCADI ESPADA

Viene a cenar el heraldista Armand de Fluvià. Un hombre de vida poco obediente, dispuesto a inclinarse tan sólo ante el último de los Montcada —el linaje noble más antiguo de Cataluña—, único señor cuya ley reconoce. La desobediencia le ha llevado a ejercer una liberalidad casi vociferante. No hay pasión humana, especialmente pasión de amores, que Fluvià no observe desde todos los ángulos posibles hasta encontrar una amable rendija de tolerancia. Por eso sorprende que haya alzado súbitamente la voz cuando la conversación ha derivado hasta los amores difíciles del príncipe Felipe con la joven Isabel Sartorius. “Lo siento”, dice, “pero el príncipe deberá olvidarla y casarse con una princesa. Así lo dice la ley y la costumbre”. La estupefacción general no le amilana; antes bien, lo azuza: “Se es príncipe para lo bueno y para lo malo. Hay derechos y hay obligaciones. También obligaciones. Estaría bonito que para unas cosas, sí, y en cambio para las otras...”. “Su opción humaniza al Príncipe y humaniza la Monarquía”, sanciona desde un rincón alguien que sospecha en Fluvià deformaciones profesionales capaces de encerrar hombres y mujeres en dos fechas y un paréntesis. “Pues que renuncie al trono. Eso sí que lo humanizaría”, rebate implacable.

Desde su longitud de onda, el heraldista viaja acto seguido por las ramas de la historia. Hay pocos precedentes y muy lejanos. Fernando de León y Teresa de Trava, en el siglo XII, o Pere el Cerimoniós y Sibilla de Fortià en el XIV. Amores desiguales, todos ellos. En el siglo XVIII una pragmática de Carlos III establece el estatuto familiar de la Casa Real y prohíbe explícitamente los matrimonios morganáticos. Todavía hoy rige la pragmática. En buena ley habría que derogarla si Felipe quiere a Isabel Sartorius como reina. Fluvià acaba su erudito viaje con una puntualización venenosa. “Y al fin y al cabo si Felipe no ha tenido problemas para ser príncipe es porque Jaime, el hermano de Juan de Borbón, se casó con Emanuela Dampierre, que no era princesa, inhabilitando a sus descendientes para el oficio de rey. Y uno de esos descendientes era Alfonso de Borbón. O sea, que los juegos hay que jugarlos con sus reglas, siempre”.

Alguien evoca la angustia de este verano del príncipe veinteañero, perseguido por fotógrafos, por el protocolo y por la historia, empeñado en mirar a Isabel sin pragmática y quizá sufriendo su primer verano de adulto. Obstinado, inmisericorde, considerando todo ello mera chapuza sentimental, el heraldista, ya en el descansillo de la escalera, atrona: “¿No dicen que la Monarquía está por encima de todo, hombres e instituciones, acaso no lo dicen? ¿Por qué debería estar, entonces, por debajo de las pasiones?”. ●